

CAPÍTULO III.

DESENCANTO DE LOS QUE IBAN EN PÓS DE FORTUNA.—FRAUDE DE LOS PROVEEDORES DE LA MARINA EN SEVILLA.—CONSPIRACION CONTRA COLON.—EXPEDICION Á LAS MONTAÑAS DEL ORO.—CONSTRUCCION DEL FUERTE SANTO TOMÁS.—ENFERMEDADES Y CARESTÍA EN ISABEL.—NEGATIVA DE TRABAJO POR PARTE DE LOS HIDALGOS.—COLON SUJETA SU ORGULLO Y LES SALVA POR SU FIRMEZA.—ENEMISTADES DEL VICARIO APOSTÓLICO CONTRA EL ALMIRANTE.

§ I.

Los caballeros españoles que se habían embarcado con entusiasmo, engolosinados por el cebo del oro, ignoraban cuán insoportable es la vida del marino. Consistiendo las raciones en salazon y galleta mal preparada, habían puesto á muy dura prueba su constitucion durante los tres meses que acababan de pasar, encerrados en sus estrechos camarotes. Las fatigas exigidas para la fundacion del establecimiento, el alimento compuesto ya de vegetales á los que no estaban acostumbrados, ya de víveres traídos de España, pero averiados en gran parte por efecto de la codicia de los abastecedores, de la inexperiencia del transporte, sobre todo por las extremadas alternativas de calor y humedad unidas á las nuevas influencias del aire, del sol y del agua, produjeron mortíferas calenturas.

Como el Almirante estaba algo enfermo en el momento del embarque en Cádiz, no pudo comprobar por sí mismo la instalacion de todo el material; las provisiones, el ganado, las municiones. Parece que el inspector de marina, Juan de Soria, no había descuidado dicha circunstancia. Cuando, al desembarcar en Isabel, se procedió á la inspeccion de las provisiones para almacenarlas en las nuevas construcciones, descubrió el Almirante que la mayor parte de los víveres se hallaban averiados ó en cantidad insuficiente. Á causa de los beneficios ilícitos realizados en la provision y suministro de las pipas en Sevilla, la mejor parte del vino se había derramado de los barriles mal guarnecidos de aros. El efectivo de los medicamentos no estaba en relacion con el estado redactado por el médico principal. El ganado de lo más escogido estaba reemplazado por otro mezquino y de mala

raza. Los magníficos caballos revistados por el Almirante en Sevilla se habían sustituido con miserables yeguas, después de haber cobrado el subido precio de los primeros (1). Concíbese ahora la repugnancia que sentía Colon hacia el inspector general Juan de Soria, y por qué fué éste el irreconciliable enemigo del hombre que había descubierto sus malas mañas. De este modo en la expedición más antigua de una escuadra real, yendo al Nuevo Mundo, se encuentran ya las especulaciones inmorales, las connivencias fraudulentas que con tanta frecuencia se han echado en cara á la administracion de la marina.

El fraude de las oficinas de Sevilla agravó pues la situacion de la colonia en sus comienzos. Así pues hubo entónces en ella crueles desencantos y amargos desalentos. No obstante, los marineros, los soldados y los labradores más curtidos en las fatigas ó más prontamente restablecidos continuaron los trabajos, de tal manera, que, ántes de terminar el mes de enero, hubo gran número de casas concluidas, y el Almirante mandó rodear la ciudad de una pared de piedra seca, al estilo árabe.

Deseoso de aprovechar la estacion favorable para la vuelta á España, y comprendiendo la necesidad de obtener sin dilacion otras provisiones, apresuróse el Almirante á despedir la escuadra, quedándose sólo con cinco buques de ella, destinados tanto al servicio de la colonia como á meros descubrimientos. Puso la escuadra bajo el mando de Antonio de Torres que montó la *Maria Galante*. Melchor Maldonado, Juan Aguado y Gines de Corvalan volvieron á España. El Almirante cuidó de encomendarlos á la bondad de los Reyes, dirigiéndoles una Memoria acerca del estado de la colonia. Entregó á Antonio de Torres un dictámen que juntamente con algunos trozos de oro nativo debía presentar á los Reyes de su parte.

Ese documento precioso que poseemos, con notas marginales de los Reyes, es el mejor testimonio de la elevada superioridad de Colon en materia de gobierno y administracion pública. Al traves de la prudencia humana se trasluce en él aquella fe en la Providencia que constituía el mismo fondo del carácter de Colon, el secreto de su sublimidad. Por esto, á cada párrafo, la real conformidad comprobó la exactitud y precision del jefe de la naciente colonia. Se ve que no le escapa ninguno de los más minuciosos pormenores rentísticos para los mejores efectos sociales. Á pesar de la poética grandeza de sus miras, no hay talento más positivo, ni más práctico.

La escuadra se hizo á la vela el día 2 de febrero de 1494. Por orden del Almirante eran conducidos á España los indios; hombres, mujeres y niños, cogidos en

(1) MEMORIA del Almirante D. Cristóbal Colon, entregada por Antonio de Torres á los Reyes Católicos, § 17.—Coleccion de Navarrete, tom. I.

las islas de los caraibes, á fin de que, una vez cristianos, pudieran volver y servir de intérpretes. Los caraibes le parecían poder ser de muy grande utilidad bajo este concepto, puesto que, corriendo por todas las islas del Archipiélago, estaban familiarizados con los diversos idiomas que en ellas se hablaban.

Luégo que la escuadra hubo salido de la Española, apoderóse vivo desaliento de aquellos hombres dados á las comodidades, de aquellos espíritus ardientes y ligeros, extraños á todo hábito de trabajo, quienes se habían agregado á Colon, creyendo amontonar tesoros en medio de las flores de aquellos territorios desconocidos. La realidad se les presentaba á la vista. Algunos se confiaron sus decepciones, su descontento, y probaron de salir del destierro voluntario á que se habían condenado imprudentemente. El metalurgista Fermin Zedo, ignorante y charlatan, disgustado de la residencia de la isla, la describía á su antojo. Dejaba entender que no contenía oro; que las pepitas brillantes que al Almirante le parecía bien adornar con dicho nombre no eran sino láminas pequeñas de mica, ó granos de una materia que aparentaba ser oro; pero que el oro trabajado, dado por los naturales, era el fruto de ahorros hereditarios, que estaban totalmente agotados por los anteriores cambios, y que en lo sucesivo no se podría sacar nada de ellos. Su declaracion completaba el desencanto. Para convertirse en sediciosos los descontentos, sólo esperaban un jefe, y ese agente de desórden se encontró en la persona de un funcionario escogido por los Reyes, el teniente de los pagadores generales, Bernal Diaz de Pisa.

Aprovechando la enfermedad de Colon, imaginó abrir una especie de informacion acerca del Almirante, hacer certificar, por medio de numerosos testimonios, que engañaba á los Reyes con una Memoria falsa; que sólo debía esperarse ruina y muerte en aquella isla llena de matorrales impenetrables, y habitada por una raza salvaje, formada á propósito para semejante país. Un tal Gaspar Ferris, que se creía superior á las leyes, porque en su cualidad de aragones no podía hacerle justicia la reina de Castilla (1), fué el instigador subalterno más activo de la sublevacion. Bernal Diaz, con los que seguian su partido debía apoderarse durante la noche de las embarcaciones; pero en el mismo instante en que iba á ejecutarse la conjuracion, repentinamente restablecido el Almirante, tuvo noticia de la trama, y mandó prender su principal autor, en cuyo poder se hallaron, escritas de su puño, las pruebas de su crimen con los nombres de los cómplices. El Almirante podía hacerle juzgar al instante segun el rigor de las leyes; pero se contentó con asegurarse de su persona y enviarle á España con los documentos del proceso, para que los Reyes le aplicaran por sí mismos la justicia. Los historiadores admiran

(1) Oviedo y Valdés, *Historia natur. y gener. de las Indias*, lib. II, cap. XIII.

su clemencia. Washington Irving no puede dejar de decir: «El Almirante se portó con mucha moderación. Varios de los cómplices fueron castigados según el grado de su culpabilidad, pero no con el rigor que merecía su delito (1).»

Sin embargo, á pesar de la moderación é indulgencia de Colón, aquel castigo tan legítimo por el derecho, la justicia y la posición excepcional en que se hallaba, se convirtió en manantial de acusaciones y odios implacables. Aquellos que quizás hubieran sido víctimas de la deserción, llegaron á ser los detractores del Almirante cuya firmeza templada por la suavidad les salvaba. El orgullo castellano se rebelaba al ver que un extranjero, un genoves, castigaba á un hidalgo. Esos descontentos sabían que sus familias les apoyaban en la Corte, y pareciales que Colón, solo, extranjero y ausente entonces, debía sucumbir.

Para prevenir conjuraciones semejantes, mandó al punto el Almirante llevar á bordo de la carabela principal las municiones, armas, artillería y demas de los otros buques, confiando su custodia á una tripulación adicta. Después, dejando el mando de los cinco buques á su hermano don Diego, para ocupar á los descontentos se dirigió hacia las montañas de Cibao, donde, según decían los indios, estaban las minas de oro. Hasta el nombre del rey de aquellas montañas era de buen agüero; pues, se llamaba Caonabo, es decir: «Señor de la casa de oro.»

Á fin de asombrar á los indígenas, en su marcha, escogió lo que quedaba de más robusto en hombres y caballos, y partió con el mayor orden, rodeado de sus principales oficiales, al frente de toda su caballería, que apoyaba un batallón de unos cuatrocientos hombres próximamente, divididos por secciones. Mantuvo en su pequeño ejército el orden más escrupuloso, á fin de asombrar desde lejos por la uniformidad de sus movimientos. Pero después de haber atravesado las primeras ondulaciones del terreno, que de la orilla del mar se elevaban gradualmente á las montañas, se encontraron con la entrada de un estrecho y escabroso desfiladero, impracticable para la caballería. Era el único camino que llevaba directamente á Cibao; la vegetación exuberante y lo áspero del terreno detuvieron al mismo tiempo al cuerpo expedicionario.

Entonces, conociendo algunos nobles el servicio de los gastadores organizados por Isabel, por una invitación caballeresca del Almirante, emprendieron valerosamente el trabajo, y abrieron en pocas horas un paso libre á la tropa. En honra de su celo, se llamó aquel paso «el desfiladero de los nobles.»

Salvado que hubieron aquel obstáculo, pudo el ejército contemplar desde lo alto de la montaña una llanura majestuosa que se prolongaba hasta perderse de vista, regada por varios ríos que serpenteaban derramando la frescura y la vida en

(1) Washington Irving, *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, lib. VI, cap. VIII.



EXPEDICIÓN A LAS MONTAÑAS DEL CIBAO

... se portó
 ... según el grado
 ... aquel castigo
 ... Aquellos que quizás
 ... El orgullo castellano se
 ... Esos des-
 ... y parecíales que
 ... llevó a
 ... y de los
 ... dejando el
 ... para ocurrir a los descontentos
 ... decían los indios, estaban
 ... para de les
 ... más rotas
 ... y caballos
 ... frente de toda
 ... su pequeño
 ... la uniformidad
 ... las ondulaciones de los cerros
 ... se encontraba
 ... compactable para la caravana
 ... Citiza, la vegetación
 ... organizados
 ... valerosa-
 ... En honra de
 ... el ejército castellano desde lo
 ... que se prolongaba hasta perderse de
 ... vista, regada por ríos
 ... dominando la frescura y la vida en

1) Washington Irving, *Historia de la vida de Cristóbal Colón*, tomo I, cap. III.



EXPEDICION A LAS MONTAÑAS DEL ORO